

HOMILIA DE MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ,
OBISPO DE TARAZONA
EN LA FIESTA DE SAN JUAN DE ÁVILA, PATRONO DEL CLERO DIOCESANO
Tarazona. 10 de mayo de 2007

Queridos sacerdotes, diáconos y seminaristas, queridos familiares y amigos de los sacerdotes. Personas consagradas, hermanos y hermanas en el Señor.

La Iglesia nos propone hoy el modelo y la intercesión de san Juan de Ávila, patrono de los sacerdotes diocesanos en España. La fiesta de un santo patrono es un momento especial de gracia. En este caso, para todos nosotros sacerdotes de este presbiterio diocesano de Tarazona, que año tras año tenemos en este día y en este santo una cita particular, con él y con los hermanos sacerdotes.

Mi saludo y mi felicitación especial a los que durante este año cumplís cincuenta años de ordenación sacerdotal, lo que llamamos bodas de oro sacerdotales.

Jaime Ainaga Blasco,
José Badía Santaaulalia,
Jesús Güemes Albacete,
Pablo Martínez Martínez,
José Antonio Preciado Alfaro,
José María Gutiérrez Bravo,
Angel Yagüe Guirles,
Enrique Boned Vallejo,

Hoy recordáis con gozo aquel día –parece que fue ayer- cuando vuestras manos recién ungidas por el santo crisma eran atadas con la cinta que había bordado alguna persona cercana (quizá vuestra madre o alguna de vuestras hermanas) y esas manos quedaron consagradas para bendecir, para perdonar, para tomar día tras día el pan eucarístico y convertirlo en el Cuerpo del Señor, para acariciar a los enfermos, para echar una mano a todo el que lo ha necesitado. Recordemos también al obispo que os ordenó, el siervo de Dios Manuel Hurtado García.

Dios mío, cuánto bien ha pasado por esas manos a lo largo de estos cincuenta años. Hoy levantamos nuestras manos con las vuestras para dar gracias a Dios por tantos beneficios concedidos. Hoy pedimos con vosotros misericordia para quienes somos indignos obreros en la viña del Señor. Hoy pedimos a Dios que os mantenga fieles en su servicio santo hasta el día en que Él os llame para introducirnos en el gozo preparado desde toda la

eternidad. La diócesis de Tarazona os debe mucho. Habéis gastado vuestra vida al servicio de la Iglesia en esta diócesis, y hoy os miramos con especial cariño y con gratitud. Ad multos annos!

Un recuerdo también para el que cumple veinticinco años, y ahora se encuentra sirviendo a la Iglesia en el Arzobispado Castrense, Eloy Naranjo, que fue ordenado por el papa Juan Pablo II en Valencia.

1.- *San Juan de Ávila, un santo sacerdote diocesano*

Juan de Ávila nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) el 6 de enero de 1500. Todavía muy joven, estudió leyes en Salamanca con un futuro prometedor, y allí se produjo una primera conversión, que le lleva a retirarse a su pueblo para una vida de austeridad, oración y caridad durante tres años. Más tarde, llamado al sacerdocio, estudia teología en Alcalá y es ordenado sacerdote. En su primera misa, siendo de condición acomodada, no admitió a su mesa más que a doce pobres, con los que compartió la alegría de ese día tan señalado.

Enseguida quiere marchar al nuevo mundo, a México, para evangelizar. El arzobispo de Sevilla le retiene para dedicarlo a la predicación, que ya desde entonces produce abundantes conversiones. Las envidias y las intrigas clericales le llevan a la cárcel, sospechoso por la Inquisición, que le absuelve después de un año de prisión. Era el año 1533. El año de la cárcel fue el año de la más profunda experiencia espiritual de su vida, donde conoce a fondo el misterio de Cristo y donde escribe su obra principal *Audi filia*.

Incardinado en la diócesis de Córdoba se dedica a predicar por todas partes, funda colegios, acompaña espiritualmente a muchos sacerdotes, propone la reforma del clero basada en la santidad, tiene relación con los santos de su época que acuden a él como al Maestro Ávila. Fue invitado a ingresar en la Compañía de Jesús, él mismo orientó a muchos de sus discípulos a unirse a Ignacio de Loyola, pero él permaneció como sacerdote diocesano, y por eso es nuestro patrono. Retirado en Montilla muere santamente el 10 de mayo de 1569.

Como todos los santos, es un adelantado de su tiempo. Los santos son los que verdaderamente hacen progresar la historia y hacen avanzar a la Iglesia. Nuestros pecados, sin embargo, retrasan la verdadera reforma y afean el rostro de la Iglesia. Como nos ha repetido insistentemente el concilio Vaticano II (cf. PO 12, OT), Juan de Ávila propone la reforma de

la Iglesia apoyándola especialmente en la santidad de los sacerdotes, “Este es el punto principal del negocio y que toca en lo interior de él, sin lo cual todo trabajo que se tome cerca de la reforma será de muy poco provecho” (Memorial al Concilio de Trento).

Queridos sacerdotes, la fiesta de San Juan de Avila nos invita una vez más a la santidad de vida. Esta es la clave de la reforma de la Iglesia. Entonces, hoy y siempre.

Por eso, la oración es condición imprescindible para ser sacerdote y para el ejercicio del ministerio. Recomendaba a los Obispos que no ordenaran sacerdotes a quienes no tuvieran el don de la oración, ejercitada abundantemente, “el trato familiar de su Santísimo Cuerpo sea sobre toda manera amigable... al cual ha de corresponder de parte de Cristo con el sacerdote y del sacerdote con Cristo una amistad interior tan estrecha y una semejanza de costumbres y un amar y aborrecer de la misma manera, y en fin, un amor tan entrañable, que de dos haga uno (Tratado del Sacerdocio, 12). En medio de su gran actividad, reservaba tiempo abundante para la oración diaria, y, al menos una noche a la semana la pasaba en adoración ante el Santísimo Sacramento. Comparaba a los sacerdotes con la Virgen María, que a través de su palabra trajo al mundo al Verbo hecho carne. Qué santidad de vida, qué pureza de corazón, qué delicadeza en el trato con el Señor. María es el ejemplo.

Queridos seminaristas, aquí tenéis la referencia para vuestras vidas y para vuestra preparación al sacerdocio. Leed a san Juan de Ávila y veréis cómo el Seminario se queda corto en lo que os ofrece y en lo que os exige. Nunca os parezca demasiado. Al contrario, desead que el Seminario os dé más y más y os pida mucho más. Es para bien de la Iglesia.

Se trata de acoger el amor de Cristo, que nos va haciendo tener entrañas de padre y de madre para con los fieles que se nos confían. Ésa es la caridad pastoral. Cuántas veces nosotros los sacerdotes nos sentimos desconcertados por la respuesta perezosa o negativa de nuestros fieles. Engendrar hijos espirituales, darlos a luz y alimentarlos es ardua tarea, que no admite comodidades ni instalaciones. Oigamos al santo: “Porque si mueren, créame padre, que no hay dolor que a éste se iguale, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo, como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre ¿Qué le diré? No se quita este dolor con consuelo temporal alguno, ni con ver que si unos mueren otros nacen”.

Juan de Ávila vive una época de reforma, y sólo los santos han sido capaces de llevar adelante dichas reformas. Todo ello se realiza en amor a la Iglesia y en comunión con sus pastores. Lutero, por el contrario, en esos mismo años prefirió hacerlo mirando a la Iglesia desde fuera, como el que no se siente hijo de la misma y en definitiva saliéndose de la Iglesia. Juan de Ávila y tantos santos de su tiempo, fecundaron a la Iglesia desde dentro, sufrieron y amaron desde dentro, y así construyeron la Iglesia desde dentro. Se sintieron profundamente hijos de la Iglesia. Recuerda Pablo VI en la homilía de su canonización (31 mayo 1970): “Cuando se dirige al Papa y a los pastores de la Iglesia, ¡qué sinceridad evangélica y devoción filial, qué fidelidad a la tradición y confianza en la constitución intrínseca y original de la Iglesia, y qué importancia primordial reservaba a la verdadera fe para curar los males y prever la renovación de la Iglesia misma!... No ha sido un crítico contestador, como hoy se dice. Ha sido un espíritu clarividente y ardiente, que a la denuncia de los males, a la sugerencia de remedios canónicos, ha añadido una escuela de intensa espiritualidad”.

Nuestra época es también una época postconciliar, es una época de reforma. No haremos avanzar a la Iglesia si juzgamos a la Iglesia como desde fuera, si no nos sentimos hijos de la Iglesia. En épocas de dificultad, como la que estamos viviendo, se precisan santos como Juan de Ávila que estén dispuestos a gastarse por la Iglesia, a amar a la Iglesia como se ama a una madre o a una esposa, a trabajar por las almas, sintiendo el dolor que siente una madre cuando un hijo se le pierde. No es momento de disensos respecto al Magisterio de la Iglesia, ni de pereza, ni de crítica amarga que paraliza y hace estériles. No es momento de desánimo ni de buscar nuestra propia instalación. Se necesitan santos, y especialmente santos sacerdotes, que identificados con Cristo crucificado, prolonguen su redención en el mundo de hoy. Esta es la gran lección de san Juan de Ávila en el día de su fiesta.

2.- Una Iglesia de mártires

Queridos sacerdotes que celebráis vuestras bodas de oro. Vosotros sois contemporáneos de aquellos testigos de la fe que van a ser beatificados en el próximo otoño. Más aún, podemos decir con fundamento que vuestra vocación y en gran parte la de todos nosotros es fruto de aquel testimonio gigantesco con el que España confesó su fe en Cristo durante la persecución religiosa de los años '30. Son miles y miles de hombres y mujeres, de todos los estados de vida –solteros, casados, religiosos/as, pastores- y de todas las edades –jóvenes, adultos, mayores-. Entre ellos, cientos de sacerdotes y varios obispos.

Para que la Iglesia declare el martirio de alguno de sus hijos, deben concurrir tres elementos: 1) la muerte física; 2) producida por odio a la fe; 3) muerte aceptada por amor a Jesucristo y con el perdón de los verdugos. No basta la muerte, ni siquiera la muerte injusta, provocada con violencia. Es preciso el amor más grande, amor a Jesucristo y amor a los hombres. Es la **victoria del amor** lo que la Iglesia nos propone con la beatificación de los mártires.

No faltarán, como ya he señalado en otra ocasión, quienes quieren reducir la muerte de nuestros hermanos en la fe a la de víctimas de la guerra, considerándolos a lo sumo como héroes de una contienda. Y en ese contexto reduccionista, hay caídos de una y de otra parte, que la sociedad tendrá que reconocer de la manera más adecuada. Pero aquí no se trata de eso. El estudio riguroso de la vida y la muerte de un mártir, hasta que el Papa firma el decreto de su martirio, conduce a la declaración de que estos hermanos nuestros son auténticos mártires, como aquellos que regaron con su sangre los primeros siglos de la Iglesia.

No son caídos en el frente de guerra. Fueron buscados en sus casas por ser curas o monjas o seculares cristianos. Fueron invitados a ofender a Dios, apartándose de la fe. Fueron objeto de escarnio, de burla, de malos tratos hasta extremos inimaginables. Y ellos amaron, amaron hasta el final. Son, por tanto, testigos de un amor que fue más grande que el odio de quienes los mataron, y a los cuales ellos perdonaron, como hizo Jesucristo en el momento de su muerte. Testigos de un amor a Jesucristo por encima de las fuerzas naturales, pues, recibiendo la fortaleza del Espíritu Santo, fueron capaces de una valentía que supera las fuerzas humanas.

La época postmoderna en la que nos encontramos no tolera un testimonio tan fuerte, tan rotundo, tan abundante, tan absoluto; y por eso, trata de rebajarlo. Sin embargo, nuestra época necesita estos testimonios más que nunca. El relativismo que nos envuelve impone la dictadura intolerante de reducir este testimonio a una simple “coherencia con las propias ideas”. De esta manera, cada uno ha de ser coherente con sus propias ideas y todos estamos al mismo nivel. No. No se trata sólo de coherencia. Aquí hay algo más, mucho más. Hay una acción de Dios, **una fuerza de Dios que se manifiesta en la debilidad humana**. La beatificación de estos mártires será una ocasión para glorificar a Dios y para esperar una nueva civilización del amor.

Queridos sacerdotes, en la sangre de estos testigos ha crecido nuestra vocación sacerdotal. No nos dé vergüenza pertenecer a la familia de estos

gigantes del amor. Y como ellos seamos inflexibles en el amor, en el amor hasta el extremo, en el amor a Cristo y a los hermanos, en el amor a nuestra vocación hasta la muerte. El mártir cristiano no es un kamikaze, ni es un fundamentalista intransigente, que impone a los demás sus propias ideas, incluso con la violencia. El mártir cristiano no es violento ni un impositivo. Es una persona que ha sabido amar hasta el extremo, y ese extremismo en el amor le ha hecho insoportable para sus enemigos, que son los enemigos de Dios y de la religión. Sólo estas actitudes heroicas, y no la flojera espiritual que nos circunda, es la que hace atractivo y bello el ser cristiano, el ser sacerdote. Un ideal vivido así y presentado así, es atrayente también hoy para muchos jóvenes de nuestro tiempo. Europa, España y Aragón necesitan hoy de estos testimonios.

De los casi 500 que serán beatificados en el próximo otoño, todos son ejemplo de vida cristiana para quienes quieren seguir a Jesucristo de cerca. Pero dos tienen que ver especialmente con nuestra diócesis de Tarazona. Uno de ellos es el Hermano Bernardo, marista en Calatayud durante 4 años a comienzo del siglo XX. Otro es el P. Pedro-Tomás, carmelita descalzo, viceprior de la comunidad de Tarazona en los años '20.- Y además, ahí están los mártires de Barbastro, un seminario con cincuenta y tantos jóvenes claretianos, ya beatificados, cuyo testimonio emociona al más duro de corazón. Querer reducir estos testimonios a la dialéctica política de derechas o de izquierdas es anular el vigor que tiene en la Iglesia el testimonio de los mártires. No nos dejemos atrapar por el lenguaje de la política. La Iglesia honra a sus mártires porque son prolongación del amor de Cristo también en el mundo de hoy.

Queridos sacerdotes, miremos el futuro con esperanza. No nos cansemos de pedir a Dios que envíe obreros a su mies y que suscite vocaciones entre nuestros jóvenes, de entre nuestras familias. La vida cristiana es atrayente, cuando es vivida como san Juan de Avila, como los beatos mártires. Si revitalizamos la vida cristiana, estamos sembrando para el futuro, también en el campo de las vocaciones. Miremos con alegría a estos jóvenes que nuestro Seminario de Tarazona va formando día a día para llegar a ser un día sacerdotes de Jesucristo, sacerdotes santos como san Juan de Ávila. Oremos especialmente por los dos diáconos, que próximamente serán ordenados presbíteros para nuestra diócesis.

Enhorabuena, de nuevo, a este grupo de sacerdotes que hoy dan gracias a Dios por su sacerdocio vivido durante 50 años. Que Dios os conceda la paz en el alma, una ancianidad serena y el gozo de haber servido a Cristo Sacerdote y a su Iglesia santa durante toda vuestra vida. Que la Virgen del

Pilar, la Inmaculada que preside nuestro Seminario, os acompañe con su protección de madre ahora y en la hora de nuestra muerte Amén.